

La historia como gestor de conflictos. Reflexiones a partir del caso de Nagorno-Karabaj

History as a form of mediation. Reflections based on the case of Nagorno

Sandra Carolina Torrico Sánchez
Egresada de Hacettepe University
carotorrico.sa@gmail.com

Fecha de recepción: 01/04/2023
Fecha de aceptación: 18/04/2023

Resumen

El presente ensayo reflexiona en torno al papel que juega la historia como elemento para fomentar la paz, a partir de su capacidad de crear narrativas y reflexiones que incidan en la comprensión del otro, de la diferencia y el devenir común de los pueblos. Se plantea como objetivo ofrecer un enfoque analítico sobre los diversos eventos históricos, causas y condiciones que dieron forma al conflicto Nagorno-Karabaj, entre armenios y azerbaiyanos en el Cáucaso. De la misma forma, plantea resaltar aquellos enfoques que han destacado la relevancia de la disciplina histórica en procesos para la construcción de narrativas pacíficas y en la potencial incidencia para la resolución de conflictos.

Palabras clave: Nagorno-Karabaj, conflicto étnico, historia, otredad, narrativas compartidas

Abstract

This essay reflects on the role that history plays in promoting peace, based on its capacity to create narratives and reflections that influence our understanding of others, of differences, and of the shared future of all peoples. Our specific goal

was to develop an analytical approach to the study of the diverse historical events, causes, and conditions that shaped the Nagorno-Karabakh conflict between Armenians and Azerbaijanis in the Caucasus, highlighting approaches that emphasize the importance of the discipline of history in processes that lead to the construction of narratives of peace and their potential impact on conflict resolution.

Keywords: Nagorno-Karabakh, ethnic conflict, History, otherness, shared narratives

El presente ensayo reflexiona en torno al papel que juega la historia como elemento para fomentar la paz, a partir de su capacidad de crear narrativas y reflexiones que incidan en la comprensión del otro, de la diferencia y el devenir común de los pueblos. En ese tenor, es importante señalar que este texto no pretende narrar una versión completa, única o *verdadera* de los eventos, sino que se plantea como objetivo ofrecer un enfoque analítico sobre los diversos eventos históricos, así como las causas y condiciones que dieron forma al conflicto Nagorno-Karabaj entre armenios y azerbaiyanos en el Cáucaso Sur. Asimismo, este texto no pretende cubrir una investigación historiográfica profunda sobre esta región, sino que plantea resaltar aquellos enfoques que han destacado la relevancia de la disciplina histórica en procesos para la construcción de narrativas pacíficas y no tan pacíficas y en la potencial incidencia para la resolución de conflictos. Así, se explora sobre el *modus operandi* de la historia para la prevención de conflictos como una postura proactiva que potencialmente mitigará situaciones violentas, antes de que la misma violencia se convierta en la forma de abordar la disputa.

Para dar cuenta de los objetivos de este texto, se plantea una hoja de ruta que inicia con el contexto histórico de Nagorno-Karabaj y la explicación de su compleja configuración, en la cual participaron, entre otros, otomanos, persas y rusos. En un segundo nivel, se muestran elementos centrales del conflicto, como los procesos por establecer autonomía y autodeterminación por parte de los pueblos involucrados; así como la participación e influencia que tuvo el régimen soviético en este proceso y el papel que jugaron los científicos sociales, en particular los historiadores, en la creación de narrativas nacionalistas y excluyentes, centradas en resaltar la otredad y la diferencia. En un tercer nivel se plantea cómo la historia puede jugar un papel para resaltar lo opuesto, al superar las interpretaciones conflictivas del pasado y disminuir las tensiones dentro de una sociedad.

Un contexto histórico al conflicto Nagorno-Karabaj

El origen del conflicto de Nagorno-Karabaj es muy complejo. Por lo tanto, para arrojar luz sobre el tema, exploraremos sus raíces históricas, las cuales a menudo se remontan a siglos atrás y están estrechamente relacionadas con una zona geográfica vinculada con otras latitudes y que sirvió como crisol de numerosos encuentros. Este lugar constituye una región humana e histórica que va más allá de una mera ubicación geológica, llamada Cáucaso del Sur o Transcaucasia (Herzig, 1999). Esta es una región comprendida por los estados modernos de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, la cual abarca una gran diversidad étnica y cultural con una pluralidad de idiomas. Concretamente, Karabaj, o Artsaj para los armenios, ocupa las áreas sureste del Cáucaso Menor, una porción de tierra entre Armenia y Azerbaiyán que forma una superficie montañosa extremadamente accidentada (Balayan, 2005).

Tensiones históricas de larga data entre los habitantes y los recién llegados de las áreas circundantes del Cáucaso del Sur dieron pie a la disputa sobre Nagorno-Karabaj. A lo largo de los siglos, este territorio ha sido ocupado y gobernado por varios grupos étnicos, lo que ha modificado la dinámica de los habitantes y ha redefinido la región. Alejandro Magno, los árabes, las legiones romanas, los bizantinos, los mongoles, los persas, los turcos y los rusos, son algunos de los diversos grupos que pasaron, influyeron y gobernaron dicha tierra. De ellos, los persas, los rusos y diversos grupos turcos fueron quienes produjeron un impacto más profundo en el destino del Cáucaso. De esta forma, los abjasios, albaneses caucásicos —no relacionados con los albaneses balcánicos—, mingrelianos, kurdos, abazinianos, lazikans, georgianos, armenios, tártaros, son sólo algunos de los grupos étnicos que han estado presentes en la región del Mar Negro y Transcaucasia. A lo largo de los siglos, estas comunidades étnicas han conservado sus tradiciones e identidades nacionales, así como su valor por un territorio específico, todo ello a pesar de las tensiones constantes.

En el año 522 a. de C., los persas sasánidas invadieron y conquistaron una vasta área de Transcaucasia, así como también los romanos en el siglo IV. Los bizantinos tomaron el control del Cáucaso y, a mediados del siglo VII, los musulmanes-árabes fueron los primeros en traer el Islam a la región. A partir del siglo XI, con la llegada de los turcos selyúcidas y de otras tribus turcas, comenzó lo que se llama la turquificación del Cáucaso. Este será un tema clave en el discurso histórico armenio-azerbaiyano, cuando los turcos azerbaiyanos incluyeron a Karabaj como parte de sus «territorios turcos indígenas».

En el siglo XIII, las tribus mongolas llegaron por primera vez al Irán moderno y al Transcaucasia, y se adentraron en los territorios ahora conocidos como Georgia y Armenia. Durante todas estas invasiones, los persas, durante sus diferentes fases, gobernaron gran parte de Transcaucasia, casi siempre manteniendo buenas relaciones con la población armenia local. Los otomanos llegaron al escenario en el siglo XVI y durante años mantuvieron hostilidades contra los

diversos gobernantes y dinastías de Persia. Este periodo ha sido considerado por la academia como crucial para entender el conflicto actual entre Armenia y Azerbaiyán. Por ejemplo, Ohannes Geukjian (2012) afirma que se requiere un análisis cuidadoso de este periodo. A partir de entonces, Karabaj y diversos territorios de Transcaucasia sufrieron guerras continuas, particiones y anexiones basadas en tratados que nunca tuvieron en cuenta el interés de la población local.

Durante las hostilidades persas-otomanas, desde el siglo XVI hasta el XIX, los persas cedieron y lucharon continuamente por los territorios de los estados modernos del Cáucaso Sur, incluyendo el pequeño enclave de Karabaj, así como la ciudad de Tavríz en Irán (Balayan, 2005). A nivel social, este continuo vaivén entre la cultura persa y la turca otomana creó una interconexión socio-cultural, principalmente en las áreas pobladas mayoritariamente por turcos nómadas musulmanes. Buscando el apoyo de los armenios, los persas safávidas legalizaron el título de *melik*, relacionado con la nobleza, para los defensores de la frontera contra los nuevos invasores. Estos *meliks* son un elemento esencial para que los armenios comprendan la importancia de Karabaj en la actualidad. Los armenios crearon uniones militares y mantuvieron un amplio grado de autonomía bajo el dominio persa. Fue durante el gobierno safávida cuando Karabaj se convirtió en parte de los cuatro distritos administrativos en lo que hoy es Azerbaiyán, Irán y Artsaj, llamados Tabriz, Najicheván, Shirvan y Karabaj (Bolukbasi, 2013). Algunas fuentes mencionan que estas cuatro regiones fueron llamadas Azerbaiyán por la administración safávida (Altstadt, 1992).

En un periodo de turbulencia persa en el siglo XVIII, se crearon nuevas zonas administrativas conocidas como *kanatos*, que eran gobernadas por familias de habla musulmana azerí o turca llamadas *beys*, principalmente en las áreas pobladas por musulmanes bajo la soberanía persa (Eichensehr y Reisman, 2009). Dicho esto, en la década de 1750, Ali Panah-Ali Khan se proclamó *kan* de Karabaj y gobernó sobre otros nómadas musulmanes. A pesar de la fundación del *kanato* de Karabaj con un líder musulmán turco, el Melikdom independiente armenio gobernó en paralelo a la población armenia. En este sentido, Karabaj Montañoso, debido a su histórico gobierno dual, fue reclamado por el lado armenio como herencia de los Melikdoms y, por otro lado, por Azerbaiyán debido al Khan musulmán.

Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, Rusia comenzó a expandir su influencia en el Cáucaso, llegando a las poblaciones armenias y georgianas que a menudo apelaban a una protección cristiana sobre el yugo musulmán. En este sentido, Georgia se convirtió en una provincia rusa en 1801. Sólo después de la guerra ruso-persa (1804-1812), Ali Shah de Irán y la Rusia Imperial acordaron el Tratado de Gulistan. Dicho entendimiento marcó el comienzo de una continua desarticulación dentro de la población transcaucásica, considerando que el Tratado de Gulistan cedió el territorio persa de Azerbaiyán del Norte, Daguestán y el este de Georgia al Imperio Ruso, un total de ocho *kanatos* turcos-musulmanes o azerbaiyanos.

La Rusia Imperial y Karabaj

La disputa entre los armenios étnicos y los turcos-azerbaiyanos comenzó con el nuevo soberano del Cáucaso. Bajo el dominio ruso, el khanato de Karabaj fue abolido y se formó una provincia con una administración militar. Al final de la segunda guerra ruso-persa (1826-1828), se firmó el Tratado de Turkmenchay, que obligó a Persia a ceder los *kanatos* de Ereván y Najicheván, así como a trazar nuevas fronteras entre estos dos poderes. Durante los primeros años del gobierno zarista, sus autoridades enfrentaron varios problemas con la élite local en relación con sus derechos y propiedades hereditarios. Por lo tanto, el nuevo gobierno tuvo que adoptar varias leyes nuevas para otorgar derechos a los *kans*, *beys* y *meliks*. En 1846, el enclave se convirtió en parte de la provincia de Shamarkha, que es la actual Bakú, capital de Azerbaiyán.

Veinte años después, Karabaj fue dividido entre los distritos de Shusha y Zangezur (Hille, 2010). Con respecto a la población musulmana o turco-azerbaiyana, el tratado de Turkmenchai dividió a sus habitantes. Rusia tomó la parte norte, mientras que el sur quedó dentro de Persia. Mientras tanto, el gobierno ruso inició lo que se denominó «campana cultural antipersa» en el Cáucaso para erradicar las regiones con vínculos culturales, lingüísticos e históricos con Irán (Farrokh, 2011).

Varias fuentes indican que el Tratado de Turkmenchai estipuló el reasentamiento de armenios, aunque no se describe de manera explícita en el documento real (Khater, 2010). Se hace alusión a una posible manipulación de datos históricos por parte de Rusia a favor de la población armenia al reasentar prisioneros armenios en Persia, acrecentando así las tensiones étnicas que ya tenían lugar en la región. Las nuevas reubicaciones de armenios y turcos musulmanes en la región de Karabaj crearon nuevas incorporaciones territoriales y nuevas divisiones administrativas regionales denominadas *gubernii*, que lógicamente ignoraron la composición geográfica e histórica de las comunidades locales. Según datos demográficos, un gran número de armenios, alrededor de 57,000, emigraron de Anatolia y Persia a las provincias de Karabaj y Ereván; mientras que 35,000 musulmanes, incluidos kurdos y azerbaiyanos, abandonaron la región (Potier, 2001). A la luz de lo anterior, es importante destacar dos puntos: el primero es que las poblaciones de los *kanatos* musulmanes se denominaban musulmanes, turcos o tártaros, y no azerbaiyanos; y el segundo es que, al revisar la literatura sobre datos demográficos, aparentemente estos dos grupos utilizaban la demografía para favorecer su lado (Bournoutian, 1994).

De acuerdo con fuentes armenias y azerbaiyanas, el gobierno zarista favoreció a las comunidades cristianas armenias, que temporalmente vivieron en mejores condiciones en comparación con las comunidades musulmanas —las cuales consistían en diversas tribus turcas, tártaras y kurdas—. Tales desproporciones, además del impulso de las relaciones ruso-armenias, llevaron al primer brote interétnico de violencia armenio-azerbaiyana, ocurrido en enero de 1905, en

Bakú. La causa inmediata de este fue el asesinato de un musulmán en la misma ciudad, por parte de Dashnaksutiun, un partido político nacionalista armenio. En febrero, gran número de azerbaiyanos atacaron a los armenios civiles de la ciudad. La violencia se extendió a las ciudades de Shusha, Najicheván, Bakú y Ganja, y el hecho es conocido como «gran enemistad racial» o también «la guerra tártaro-armenia». Sin embargo, ninguno de los autores examinados incluye referencias para respaldar sus afirmaciones. Además, sus respectivos argumentos son menos creíbles por el hecho de que retratan a un lado como el único perpetrador y al opuesto como víctima (Cornell, 2005). Según los datos disponibles, durante estos enfrentamientos, alrededor de 128 aldeas armenias y 158 musulmanas fueron saqueadas; el número de muertes varía entre 3,100 y 10,000 (Swietochowski, 2004).

Pasaron años de tiempos relativamente calmados y las naciones de Transcaucasia declararon su independencia en 1918, sobreviviendo sólo dos años hasta que fueron incorporadas nuevamente al dominio soviético ruso. Sin embargo, durante estos dos años, la creación y delimitación de dichos Estados, así como la existencia de una población mixta armenio-azerbaiyana, junto con argumentos políticos, generaron disputas territoriales una vez más.

En marzo del mismo año, el partido nacionalista armenio Dashnak, junto con los bolcheviques soviéticos, creó una alianza conocida como la Comuna de Bakú, que resultó en la masacre de 12,000 musulmanes sólo en dicha ciudad, y finalmente llevó a la caída de la ciudad en manos de la Rusia soviética (Gama-ghelyan y Rumyantsev, 2013). Es importante señalar que al tratar de indagar en eventos pasados, fue más accesible encontrar varias fuentes azerbaiyanas y occidentales que mencionan la masacre de musulmanes-azerbaiyanos cometida por los dashnaks armenios y los bolcheviques. Hasta ahora, en el mismo periodo de tiempo, las fuentes armenias explican exclusivamente cómo estos residentes fueron saqueados y despojados por los otomanos que sometieron a la región. De igual modo, las fuentes azerbaiyanas aminoran el sometimiento y sufrimiento de población civil armenia, asiria y griega a manos de los soldados otomanos. La importancia de destacar lo anterior, es el quehacer historiográfico de dichos eventos trágicos, que suelen menospreciar, minimizar, o a veces ignorar, el sufrimiento del otro, poniendo a su propio grupo en la cima de la victimización.

Las naciones de Armenia, Georgia y Azerbaiyán pasaron a control bolchevique como la nueva República Federativa Socialista Soviética de Transcaucásica, en 1922. Durante los tiempos socialistas rusos, el régimen impuso el ruso como idioma oficial. Después de la soviétización del Cáucaso, los comisarios soviéticos declararon a Nakhichevan y Nagorno-Karabaj como una *óblast* autónoma, parte de la República Socialista Soviética de Azerbaiyán (en adelante RSS de Azerbaiyán), con una mayoría de población armenia que permaneció en la región.

Chorbajian (2001) menciona que es comúnmente aceptado y encontrado en la historiografía armenia que la razón por la que Nagorno-Karabaj se unió a Azerbaiyán fue debido al deseo de Stalin; probablemente porque esperaba que el

líder Mustafa Kemal Atatürk se uniera a musulmanes y comunistas, que controlara las reservas de petróleo del Mar Caspio y dividiera y conquistara territorios. En la década de 1960, varias peticiones se llevaron a cabo sobre el tema del territorio en disputa. En 1965, durante la conmemoración en Yerevan del genocidio de 1915, los manifestantes armenios comenzaron a gritar “¡Nuestra tierra!” refiriéndose también a Karabaj (Kaufman, 2001, p. 276).

Aunado a lo anterior, durante la misma década de los años 60, a los historiadores nacionales de los Estados Soviéticos del Cáucaso se les concedió más libertad de interpretación para escribir historias objetivas, lo que ayudó a crear, poco a poco, narrativas nacionales (Geukjian, 2012).

El conflicto Nagorno-Karabaj

En los años 80, el nacionalismo comenzó a aumentar y gradualmente estimuló un gran interés en la historia nacional, lo que apoyó el componente étnico de la escritura de la historia sobre Karabaj (Minasyan, 2009). Al mismo tiempo, los antiguos estados soviéticos que solían ser étnicamente heterogéneos, particularmente Armenia, se volvieron cada vez más étnicamente homogéneos. El último censo previo a la guerra realizado en Nagorno-Karabaj en 1976, señaló que el 76% de su población era de origen armenio (King, 2010).

Durante la segunda mitad de los años 80, la Armenia soviética apoyó los deseos de la mayoría de la población armenia de anexar Karabaj, aunque la RSS de Azerbaiyán y la Unión Soviética no estuvieron de acuerdo con esta incorporación. Esto resultó en un número progresivamente mayor de participantes dedicados a la separación de Artsaj de la RSS de Azerbaiyán. Entre estos participantes, no es sorprendente que los historiadores e intelectuales formaran un Comité de Karabaj, que consistió en etnólogos, físicos, filólogos, historiadores, entre otros (Geukjian, 2012; Libaridian, 2017). En febrero de 1988, los armenios de Nagorno-Karabaj votaron a favor de la secesión de la Azerbaiyán soviética y de unirse a la jurisdicción armenia. Los armenios exigieron autodeterminación y rechazaron la jurisdicción azerbaiyana sobre Karabaj.

A medida que el poder soviético llegaba a su fin, con muchas quejas reprimidas que se acumulaban, estalló una guerra sangrienta por el territorio. La propuesta del último líder de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, en 1989, de otorgar mayor autonomía a Nagorno-Karabaj dentro de Azerbaiyán, no satisfizo ni a armenios ni a azerbaiyanos, y desencadenó un conflicto largo e inconcluso (Chorbajian, 2001). En septiembre de 1989, Azerbaiyán comenzó un bloqueo económico de las líneas vitales de suministro de combustible y abastecimientos a través de su territorio y evacuó aldeas cerca de la frontera.

Ambos ejércitos, el armenio y el azerbaiyano, cometieron terribles actos. La cuestión de la región en disputa se convirtió en un terreno común para el

proceso de construcción de la nación de estos países. Historiadores de ambos lados, y cada vez más académicos, se involucraron en el relato de un nuevo marco para su narrativa nacional, y trataron de demostrar científicamente los hechos históricos para justificar su respectiva propiedad histórica sobre el *óblast*.

El 2 de septiembre de 1991, se declaró a la República de Nagorno-Karabaj como un Estado independiente, con Stepanakert como capital. El conflicto escaló rápidamente. Los azerbaiyanos demostraron una serie de declaraciones inválidas y contradicciones en Bakú, por lo que Moscú ordenó el retorno del control directo de Karabaj a Azerbaiyán. Durante el mismo año, el parlamento de Nagorno-Karabaj celebró un referéndum sobre la independencia en el que la mayoría de los residentes votaron a favor de la independencia de su vecino, Azerbaiyán.

Las fuerzas armenias de Karabaj ocuparon la mayor parte de la región, tomaron la antigua capital de Shusha y abrieron un corredor a través del área kurda para conectarse con Armenia. La contraofensiva de Azerbaiyán recapturó parte del territorio, lo que generó más refugiados, quienes perdieron sus hogares y familiares, especialmente del lado azerbaiyano. Las propuestas de paz fueron uniformemente rechazadas durante el periodo de revuelta.

Consecuencias de la guerra

Se estima que alrededor de 30,000 personas murieron y cientos de miles fueron desplazadas antes de 1994. Sólo en la provincia de Kalbajar, la estimación es que 60,000 personas, entre ellos kurdos y azeríes, fueron obligados a huir de sus hogares. A pesar del alto al fuego, continuaron los enfrentamientos a pequeña escala a lo largo de la línea de tensión. Según las divisiones territoriales de Azerbaiyán, los distritos Kalbajar, Lachyn, Gubadly, Zangilan, Jabrayil, Fuzulu y Aghdam quedaron bajo el control de las fuerzas armenias, lo que representó un total de 7,634 km², dejando a Najicheván como un enclave sin salida al mar de la República de Azerbaiyán. En respuesta a esta pérdida de territorio, la República de Turquía se unió a Azerbaiyán en la implementación de un bloqueo, y mantiene sus fronteras con Armenia cerradas, dañando su economía y obstaculizando su prosperidad.

Naciones Unidas (2008) comunicó que la nueva República de Nagorno-Karabaj sería reconocida internacionalmente como parte de Azerbaiyán, y que la Asamblea General reafirmaba la integridad territorial de este último, expresando su apoyo a las fronteras internacionalmente reconocidas de ese país y exigiendo la retirada inmediata de las fuerzas armenias de todos los territorios ocupados allí. Además, por votación registrada de 39 a favor y 7 en contra, la Asamblea también reafirmó el derecho inalienable de la población azerbaiyana a regresar a sus hogares. Sin embargo, la condición soberana de Nagorno-Karabaj

no fue reconocida por ningún Estado, incluyendo a Armenia; sino que fue hasta mayo de 2016 que el gobierno armenio aprobó un proyecto de ley que reconocía la independencia de la región y que fue enviado al parlamento del país.

Desde el alto al fuego en 1994, Armenia y Azerbaiyán han mantenido hostilidades y no hay cruce fronterizo abierto entre ambas naciones. Para lograr estabilidad en el Cáucaso del Sur, se llevaron a cabo varias negociaciones de paz patrocinadas por Irán, Rusia, Turquía y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), pero no han terminado con la tensión sobre el territorio en disputa.

Nagorno-Karabaj se inscribe como un conflicto insoluble, arraigado en la historia, la etnia y, en menor medida, los aspectos religiosos. La contienda sigue prolongándose y las condiciones económicas, políticas, culturales y psicológicas hacen que la situación sea altamente volátil. El conflicto ha afectado a la población en diferentes dimensiones y, lo que es más importante, ha sembrado el odio entre vecinos que solían compartir y vivir juntos. El gobierno y diferentes grupos de élite han manipulado las emociones de las personas, fomentando imágenes de odio y una separación marcada entre un «nosotros» y «ellos». Durante este proceso, se ha distribuido información impulsada por necesidades emocionales, principalmente en materiales educativos que proporcionan una categorización negativa del otro.

Análisis del conocimiento histórico y construcción de paz

Muchas disputas internacionales se legitiman haciendo referencia a hechos históricos que se perciben como verdad histórica, ignorando la existencia de que esta disciplina se nutre de la interpretación y reinterpretación del pasado; es decir, de la multiplicidad de conocimientos históricos que generan diversos significados de los eventos pasados. Por otro lado, el tema de la escritura histórica requeriría un estudio profundo, especialmente en lo que respecta a las reflexiones teóricas. Basta con mencionar que la escritura histórica incluye la descripción de los eventos de la historia, la explicación de esos hechos y la significación o ponderación que percibe el lector. Estas afirmaciones son cruciales para comprender no sólo la historia en su conjunto, sino específicamente la historia del conflicto que puede ser fácilmente manipulada y profundamente arraigada en la memoria colectiva.

El intento de utilizar el pasado para promover intereses nacionalistas, políticos y económicos, a menudo llenó a las personas de interpretaciones conflictivas del mismo y aumentó las tensiones dentro de la sociedad. El discurso público y la educación histórica en Azerbaiyán y Armenia son muy divisivos y se han visto como promotores del conflicto, a pesar del alto al fuego y los diferentes momentos en que han existido negociaciones de paz. Años antes de que estallara

la guerra, académicos, políticos y escritores azerbaiyanos y armenios, tenían argumentos históricos en competencia sobre el enclave en disputa. Presentaron su territorio como una parte integral de su propia historia nacional. A fines de la década de 1980, lo que se denominó como la karabajización de la vida social y política de estos territorios que anteriormente pertenecieron a la Unión Soviética, llevó a una comprensión burda del pasado, presentando una conceptualización cada vez más polarizada del otro (Coulie, 2013).

¿Un conflicto insoluble?

Existen diversas aproximaciones teóricas utilizadas en el ámbito de la prevención y resolución de conflictos. Entre ellas, se encuentra la concepción de conflictos prolongados o étnicos, como aquellos con animosidades de larga data, basados en la identidad y la división social. Varios factores señalan que la disputa de Nagorno-Karabaj se considera un conflicto étnico en función de sus mitos al respecto y los temores sobre la oportunidad de actuar políticamente. Una excelente explicación de lo que es un conflicto étnico fue hecha por Barbashin (2008), quien lo definió como la falta de convergencia y/o incompatibilidad de valores, choques de intereses y propósitos de diferentes comunidades etno-nacionales entre sí, así como con los valores, intereses y propósitos del Estado y la etno-nación dominante en su interior.

Un marco para el análisis de la disputa sobre Nagorno-Karabaj sugiere la insolubilidad del conflicto. El estado eterno de la batalla se debe a la constante dinámica y las representaciones que reafirman el choque. Un conflicto insoluble se define como aquel que ha persistido con el tiempo y en el cual las partes se niegan a ceder en los esfuerzos por llegar a un acuerdo político. Esta continuidad conduce a la acumulación de agravios incorporados en la versión de la historia de cada parte (Crocker, 2005). Al analizar el problema territorial en este caso específico, es necesario tener en cuenta la resonancia étnica involucrada en la demarcación territorial que mantiene un discurso de posible intervención militar. Por lo tanto, lo denominaremos como un conflicto étnico insoluble (Kriesberg, 1989), identificado en 4 fuentes dinámicas:

1. Los conflictos étnicos a menudo engendran nuevos desafíos que derivan en la perpetuación del conflicto.
2. Producen constantemente nuevos problemas simbólicos.
3. Suscitan un etnocentrismo aumentado que se manifiesta lingüísticamente, conocido como discurso de guerra, y en la denigración de los oponentes.
4. El conflicto se ve cada vez más en términos de principios, en lugar de intereses.

Como resultado de lo anteriormente expuesto, se ha establecido una relación entre el conflicto insoluble y el conflicto en cuestión, en los siguientes términos:

1. La lucha en Karabaj ha producido varios materiales relacionados con la evidencia histórica que justifican, deslegitimizan o prueban que los pueblos de estas dos antiguas repúblicas soviéticas tienen un status indígena en la región. Por lo tanto, buscan obtener la autodeterminación, una práctica para la integridad territorial. Dicho esto, ambos estados buscan denigrar las versiones de su oponente.
2. La creación de nuevos símbolos se refiere comúnmente a panfletos, museos, monumentos históricos o libros de historia que retratan una memoria social particular de los eventos pasados.
3. Existe una constante denigración de políticos por parte de académicos. En muchas ocasiones, llamándose mutuamente «falsificadores de la historia».
4. En el caso de Azerbaiyán, el estado del conflicto de Nagorno-Karabaj se ha vuelto más ofensivo para su gobierno y su integridad territorial. Mientras tanto, para Armenia, se ha retratado como una lucha contra los ocupantes turcos que se suma a otras condiciones conflictivas con la Turquía moderna.

La diseminación de la historia como una forma de reconciliación

La relación entre los relatos históricos y su influencia en cómo las sociedades recuerdan la información sobre el pasado, ha sido parte de un aspecto importante de atención para algunas organizaciones que exploran el paradigma de paz. *Historians Without Borders* (HWB) y *Network of Concerned Historians* (NHC) son organizaciones que analizan el uso indebido de la historia y, por lo tanto, promueven el uso del conocimiento histórico para la construcción de paz y la resolución de conflictos. Igualmente, *Facing History and Ourselves* y *European Association of History Educators* (EUROCLIO) son asociaciones similares que se centran en la enseñanza histórica y en reunir a historiadores y educadores en la creación de nuevas e inclusivas narrativas históricas.

Por ejemplo, EUROCLIO tiene una red de al menos 25,000 historiadores y educadores de ciudadanía y patrimonio en Europa y otros sitios, que trabajan a nivel nacional e internacional. En el mismo tenor, HWB está seguro de que los historiadores también pueden contribuir a la mediación y la prevención de conflictos, pues consideran que las organizaciones internacionales y los gobiernos deberían apoyar la investigación independiente e internacional, fomentar los contactos entre historiadores de todos los países y alentarlos a trabajar juntos en

la disolución de conflictos que involucren hechos e interpretaciones de eventos históricos.

Al respecto, es necesario mencionar la antología lanzada por HWB (2016), *The Use and Abuse of History in Conflicts*, que refleja el compromiso de la organización de promover el diálogo entre diferentes puntos de vista de la interpretación de la historia y prevenir el abuso de la misma en conflictos, como la utilización de imágenes enemigas y mitos distorsionados. Esta, paralelamente promueve contribuir al uso pacífico y veraz de la historia para disolver y resolver conflictos (Blafeld, 2016). También son dignas de mencionar las palabras notables de Margaret MacMillan (2016) en la apertura de la conferencia de HWB, con las que menciona que la historia no es algo que esté grabado en piedra, es un cúmulo de debates, es una cuestión de interpretación y así debería ser, no debería ser arrastrada como si fuera una pieza sólida de evidencia para un lado u otro; pues sin entender al otro, ni saber su recuerdo y cuál es su historia, nos estamos privando de una herramienta muy importante que es lo que los motiva; es así como necesitamos usar la historia para entendernos a nosotros mismos tanto como necesitamos entender a los demás.

Al mismo tiempo, el *Institute for the Study of Human Rights and the Alliance for Historical Dialogue & Accountability* explora cómo la historia puede involucrarse en los procesos de resolución de conflictos y trabajar para la prevención de atrocidades masivas. Por lo tanto, es indiscutible que varias organizaciones han destacado el papel crucial de la creación histórica en la relación pivotal de apoyar la reconciliación y la construcción de la paz. El *modus operandi* de la historia puede aplicarse a la prevención de conflictos como una postura proactiva que potencialmente mitigará situaciones violentas antes de que la misma violencia se convierta en la forma de abordar la disputa.

Historiadores, historiografía y constructores de paz

La tarea y el impacto de la construcción de la paz van más allá de los tratados de paz y la política. Es a través del contacto entre personas donde las tensiones entre los Estados-nación y la sociedad civil tienen un mayor impacto en la toma de decisiones. Es un hecho conocido que varios historiadores han desempeñado un papel crucial en la formulación de planes de paz o guerra. Aunque no están en el centro de la toma de decisiones, definitivamente tienen una gran importancia, especialmente en la diplomacia, en la investigación académica y en la búsqueda de intereses políticos.

A menudo, los procesos de paz fracasan en abordar la amargura que se genera entre los grupos, incluyendo a la memoria histórica y símbolos. A lo largo de los años, la necesidad de trabajar en la eliminación de la hostilidad,

la ignorancia y las percepciones erróneas ha aumentado. Es aquí donde el esfuerzo debe concentrarse en si los profesionales quieren lograr un desarrollo sostenible de la paz. El trabajo histórico en la enseñanza y el recuerdo, el bloqueo de archivos sensibles o la privación de investigación crítica, desaprueban la historia en sí misma, en aras de complacer a la política sobre las minorías.

Es por eso que varios historiadores han asumido la tarea de indagar en la creación de una contribución efectiva para explorar el pasado, dar voz y contribuir a un valor más práctico en las sociedades vinculadas con conflictos. Elazar Barkan (2011) destacó que la empatía y la solidaridad se convierten en los fundamentos para la investigación empírica que tienen como objetivo reducir las diferencias y hostilidades. Con el tiempo, el término «narrativas compartidas» ha adquirido un papel crucial en la búsqueda de una paz duradera, especialmente para aquellos que pueden abogar por una explicación o verdad histórica. La construcción de paz tiende a involucrar a las partes e identificar la fuente y el terreno común sin odio o amargura.

En los últimos años, teóricos recientes han estado escribiendo sobre la construcción de la paz y la reconciliación a través de la enseñanza de la historia. Un ejemplo es Joke van der Leeuw-Roord, fundadora y asesora especial de EUROCLIO, quien afirma que hay poca información empírica sobre las aplicaciones prácticas. Sin embargo, ya se ha señalado que EUROCLIO está luchando contra la instrumentalización de la educación histórica con objetivos políticos mezquinos. Al respecto, se propone producir resultados colaborativos entre educadores y académicos. Por lo tanto, es un buen ejemplo de un proceso de innovación en la enseñanza de la historia que promueve habilidades de empatía y la capacidad de estar en desacuerdo sobre las interpretaciones del pasado y sus implicaciones para el presente, sin recurrir a la violencia (Leeuw-Roord, 2012).

En el mismo tenor, *The Armenian Association of History Educators* y *Union of Azerbaijani History Educators* se proponen, entre otras metas, disminuir las tensiones entre los países y fomentar la aceptación post-histórica en la región del Cáucaso Sur.

La pregunta es si es posible utilizar la historia como forma de construcción de paz y resolución de conflictos. Barkan (2011) sugiere que sí, además de proponer la noción de narrativas compartidas como metodología legitimadora. En este sentido, el término *narrativa compartida* se utiliza para describir una reconstrucción histórica que entrelaza y acerca las perspectivas de dos o más historias nacionales que están en conflicto directo. Al mismo tiempo, Barkan (2011) destaca que el objetivo de una narrativa compartida es borrar las dicotomías excluyentes a lo largo de las líneas nacionales y redirigir la multiplicidad de metodologías o interpretaciones entre profesionales, en lugar de divisiones de identidad. Y el propósito de este enfoque es unir a los historiadores en solidaridad compartida.

Las narrativas compartidas forman parte de las actividades de construcción de paz basadas en diálogos intergrupales que buscan superar los guiones inflexibles. Este enfoque es relativamente nuevo y ha surgido muy poca información

empírica al respecto. Busca identificar un discurso construido desde abajo y desde la academia y proporcionar un puente de solidaridad entre dos o más comunidades de identidad opuestas. En este espacio compartido, la narrativa contranacionalista busca desafiar el discurso y los mitos nacionales. Por lo tanto, el proceso gradual aplicado, más metodológico que teórico, podría ayudar a mitigar conflictos duraderos.

Dado que el uso contemporáneo de las ciencias sociales en la historia políticamente asumida se basa sólo en la memoria plana y la convicción sesgada, las historias que omiten características importantes de su tema y tienen una descripción selectiva son engañosas, en el sentido de que se presentan como completas cuando no lo son (McCullagh, 2000).

Consideraciones finales

El presente ensayo pretendió resaltar la importancia de la historia como elemento central para la percepción política, social y cultural de una etnia concreta y la manera como percibe e interactúa con otros pueblos o regiones. En ese tenor, la historia es fundamental en la manera como se reconfigura la memoria, así como los conflictos se perpetúan a manera de memoria colectiva infligida por grupos de interés. La reflexión se sitúa tomando como caso el conflicto Nagorno-Karabaj, el cual parte de una historiografía centrada en la exclusión y el señalamiento despectivo del otro. De esta forma, se plantean una serie de esfuerzos, tanto de organizaciones como de individuos, por reconsiderar esta historiografía desde la visión de las narrativas compartidas; es decir, destacando los elementos en común y dejando de lado las interpretaciones incompletas. Lo anterior le brinda a la historia un papel importante en los procesos para la construcción de paz y la resolución de conflictos.

Referencias

- Altstadt, A. (1992). *The Azerbaijani Turks: Power and Identity under Russian Rule*. Hoover Institution Press.
- Balayan, V. (2005). *Artsakh History: From Time Immemorial Up to Our Days*. Yerevan.
- Barbashin, M. (2008). Informal power structures in Russia and ethno-political conflict in the Northern Caucasus. En M. Gammer (Ed.), *Ethno-Nationalism, Islam and the State in the Caucasus Post-Soviet disorder* (pp. 1–19). Routledge.

- Barkan, E. (2011). *Historians and Conflict Resolution: The Challenge of Advocacy to Scholarship*. En H. Anheier, M. Glasius, M. Kaldor, G-S. Park, C. Sengupta (Eds.), *Global Civil Society 2011. Globality and the Absence of Justice* (pp. 48–61). Palgrave MacMillan.
- Blafield, A. (2016), *The Use and Abuse of History*. Sitala.
- Bolukbasi, S. (2013). *Azerbaijan: A Political History*. I.B. Tauris.
- Bournoutian, G. (1994). *A History of the Armenian People. Volume 2: 1500 A.D. to the Present*. Mazda Publishers.
- Chorbajian, L. (2001). *The Making of Nagorno-Karabagh: From Secession to Republic*. Palgrave Macmillan.
- Cornell, S. (2005). *Small Nations and Great Powers: A Study of Ethnopolitical Conflict in the Caucasus*. Routledge.
- Coulie, B. (2013). The Quintessential Conflict — A Cultural and Historical Analysis of Nagorno-Karabakh. En M. Kambeck y S. Ghazaryan (Eds.), *Europe's Next Avoidable War* (pp. 35–42). Springer Link.
- Crocker, C. (2005). *Grasping the Nettle: Analyzing Cases of Intractable Conflict*. United States Institute of Peace.
- Eichensehr, K. y Reisman, W. (2009). *Stopping wars and making peace: studies in international intervention*. Martinus Nijhoff Publishers.
- Farrokh, K. (2011). *Iran at War: 1500-1988*. Osprey Publishing, Oxford.
- Gamaghelyan, P. y Rumyantsev, S. (2013). Armenia and Azerbaijan: The Nagorny Karabakh Conflict and the Reinterpretation of Narratives in History Textbooks. En O. Karpenko y J. Javakhishvili (Eds.), *Myths and Conflict in the South Caucasus: Instrumentalisation of Historical Narratives* (pp. 166 –188). International Alert.
- Geukjian, O. (2012). *Ethnicity, Nationalism and Conflict in the South Caucasus: Nagorno-Karabakh and the Legacy of Soviet Nationalities Policy*. Routledge.
- Herzig E. (1999). *The New Caucasus. Armenia, Azerbaijan and Georgia*. The Royal Institute of International Affairs.
- Hille, C. (2010). *State Building and Conflict Resolution in the Caucasus*. Brill.
- Historians Without Borders. (2016). *The Use and Abuse of History in Conflicts*. <https://historianswithoutborders.fi/wp-content/uploads/2016/08/HWB-Conference-Report.pdf>
- Kaufman, S. (2001). *Modern Hatreds: The Symbolic Politics of Ethnic War*. Cornell University Press.
- Khater, A. (2010). *Sources in the History of the Modern Middle East*. Cengage Learning.
- King, C. (2010). *The Ghost of Freedom: A History of the Caucasus*. Oxford University Press.
- Kriesberg, L. (1989). *Intractable Conflicts and Their Transformation*. Syracuse University Press.
- Leeuw-Roord, J. (2012). Responsible History as a Tool for Historical Reconciliation? EUROCLIO, the European Association of History Educators

- as a Case Study? http://search.shamaa.org/PDF/Books/Lb/LAESs7/2012_vanderleeuwj_a14745_147-161_eng_authsub.pdf
- Libaridian, G. (2017). *Modern Armenia: People, Nation*. Routledge.
- MacMillan, M. (2016). Using History to Understand the Present. En *Historians Without Borders, The Use and Abuse of History in Conflicts*. <https://historianswithoutborders.fi/wp-content/uploads/2016/08/HWB-Conference-Report.pdf>
- McCullagh, C. (2000). Bias in Historical Description, Interpretation, and Explanation. *History and Theory*, 39(1), 39–66. <http://www.jstor.org/stable/2677997>
- Minasyan, S. (2009). Armenia's Attitude Towards its past: history and politics. *Caucasus Analytical Digest*, 8, 10–13. <https://css.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/center-for-securities-studies/pdfs/CAD-8-10-13.pdf>
- Naciones Unidas (2008), *General Assembly Adopts Resolution Reaffirming Territorial Integrity of Azerbaijan, Demanding Withdrawal of all Armenian Forces*. <https://press.un.org/en/2008/ga10693.doc.htm>
- Potier, T. (2001). *Conflict in Nagorno-Karabakh, Abkhazia and South Ossetia: A Legal Appraisal*. Martinus Nijhoff Publishers.
- Swietochowski, T. (2004). *Russian Azerbaijan, 1905–1920: The Shaping of a National Identity in a Muslim Community*. Cambridge University Press.